

CAPÍTULO 10: ORACIÓN POR SANACIÓN

Mi esposa y yo tenemos tres hijos: un niño y dos niñas. Nuestro segundo hijo fue una niña. Lynn aparentemente tuvo un parto normal, y fue una bebé feliz y activa. Llegó a ser una niña hermosa, rubia, y de ojos azules. Nada en su apariencia sugería que fuera discapacitada. Sabíamos que era «hiperactiva», y también sabíamos que parecía algo más lenta que nuestro hijo, pero pensamos que esa era su manera.

Cuando Lynn estaba lista para comenzar la escuela, mi esposa la llevó a un pediatra para su examen preescolar. Él reflexionó sobre ella un poco más de lo habitual, y sugirió algunas pruebas adicionales. Finalmente, diagnosticó que Lynn tenía un trastorno genético recesivo llamado PKU (fenilcetonuria), que causa daño cerebral. En algunos casos, el niño acaba siendo poco más que un vegetal. En otros casos, como el de nuestra hija, el daño es menos severo.

Nos dijeron que la enfermedad está causada por un gen recesivo, que porta una de cada setenta personas.

Ambos padres deben ser portadores del gen para que un niño tenga este trastorno, y entonces, en promedio, uno de cada cuatro de sus hijos se verá afectado. Nuestra hija era una de esos cuatro.

Los expertos predijeron que Lynn probablemente haría bien en alfabetizarse. Comenzamos a aprender cómo su vida sería diferente (y cómo todas nuestras vidas lo serían también) debido al daño en su cerebro.

EDUCACIÓN ESPECIAL

Descubrimos que Lynn no podía asistir a la escuela de la iglesia, porque la escuela de la iglesia no tenía instalaciones para educación especial. Tendría que asistir a una escuela especial para niños discapacitados. Una de las cosas más difíciles que hemos tenido que hacer mi esposa y yo, fue marcharnos y dejarla allí ese primer día de clases. No tomó mucho tiempo conocer los hechos y las estadísticas sobre la condición de nuestra hija, pero aceptar su discapacidad fue un asunto completamente diferente. La mayoría de sus compañeros de clase tenían desventajas, que eran obvias a simple vista, pero Lynn lucía tan normal y hermosa como siempre. Cada día que la llevábamos a la escuela era un desgarrador recordatorio de nuestro dolor. Día tras día, la dejaba en la escuela y luego lloraba de camino a casa, al darme cuenta nuevamente de las dificultades que enfrentaría en su vida futura.

El dolor se puso de relieve a lo largo de los años, mientras observaba a Lynn luchar con tareas simples, como aprender a decir la hora. Fueron necesarios años. Incluso, cuando era adolescente, todavía le resultaba confuso decir la hora. Para entonces, Lynn ya había comprendido las horas y medias horas básicas, pero todavía escuchábamos cuando algún amigo decía: «Vengo a recogerte a las cuatro menos cuarto», y ella preguntaba: «¿Eso es antes de las cuatro o después?»

Las matemáticas eran particularmente un misterio. A veces, me he imaginado el cielo y cómo sería para ella. En mi imaginación, veo niños lisiados corriendo por la hierba. Veo a los niños

ciegos contemplando maravillados la belleza de las flores. Veo a aquellos, que se han encorvado y torcido por la artritis, ahora de pie, erguidos y altos, y flexionando los dedos sin dolor por primera vez en años. Y luego escucho a Lynn recitar sus tablas de multiplicar. ¡Será mejor que tengan tablas de multiplicar ahí arriba! Lo intentó con todas sus fuerzas, y durante tanto tiempo aquí en esta tierra, y con tan poco éxito.

¡Disciplinar a los niños discapacitados es un problema perpetuo! Se vuelve casi imposible distinguir entre las ocasiones en las que simplemente no comprenden, y las ocasiones en las que son desobedientes o rebeldes. Las primeras semanas después de que nos enteramos de la discapacidad de Lynn, nos resultó imposible disciplinarla en absoluto. Estábamos consumidos por la culpa, preguntándonos cuántas veces la habíamos castigado en el pasado, cuando ella realmente no había entendido por qué, o qué se esperaba de ella. Fue nuestro hijo de ocho años, quien nos interrumpió diciendo: «Desde que descubriste que Lynn está enferma, puede hacer lo que quiera y nunca será castigada».

Cuando un niño es discapacitado, toda la familia es discapacitada. A medida que nuestra hija creció, nos encontramos alejándonos de la vida social, tanto como fuera posible. De todos modos, la gente espera más de los hijos del predicador.

El estrés en un hogar con un niño discapacitado rara vez se comprende, a menos que uno lo haya experimentado. Resulta demasiado fácil centrarse en las necesidades del niño discapacitado, y olvidar que todos los miembros de la familia tienen necesidades que deben satisfacerse. Es una tentación esperar que todos los miembros de la familia atiendan a uno.

Como padres, teníamos que recordar, una y otra vez, que teníamos tres hijos, no sólo uno. El hecho de que una fuera discapacitada no garantizaba que siempre tuviera la razón cuando había desacuerdos. El hecho de que estuviera discapacitada no significaba que siempre debiera salirse con la suya, incluso por su propio bien. Pero entender eso en teoría, es una cosa, y otra cosa muy distinta era poder juzgar con calma cuando los niños se peleaban entre sí, y estaban de mal humor. Era mucho más fácil simplemente disciplinar a los niños «normales», y dejar al otro en libertad.

Mi esposa llevó la mayor parte de la carga. Yo tuve la oportunidad de escapar del trabajo fuera de casa, pero ella se enfrentaba a la tensión constante de sus nervios, al constante andar a tientas en la oscuridad, y a buscar sabiduría sobre la manera correcta de relacionarnos con nuestros hijos.

El desafío de una madre es aún mayor cuando se trata de un niño con daño cerebral, cuya comprensión es tan limitada, y para quien muchas de las reglas sobre la crianza infantil parecen no aplicarse. Además de eso, la condición de PKU es conocida por producir niños hiperactivos. La pura energía física de un niño así, es a veces casi insoportable.

Nuestro hijo, apenas dos años mayor, ha sido comprensivo y protector. Recuerdo una vez en la que andaban en bicicleta, y nos encantó cuando Lynn aprendió a manejar su bicicleta. Habían estado andando juntos, y un grupo de niños en la esquina, que sabían que ella estaba en «educación especial» en la escuela, se burlaron de Lynn. Mi hijo se bajó de su bicicleta, y se acercó y golpeó a todo el grupo entero. Por alguna razón, eso me hizo muy feliz. Nunca sentí ningún remordimiento por nada. Esto es sólo una muestra de algunos de los sentimientos que pueden

aflorar a la superficie, en este tipo de cosas.

Una de las cosas que comencé a notar acerca de mi hija, fueron sus oraciones. Los niños suelen participar en oraciones rutinarias. Mi hermano y yo oramos durante años, todas las noches: «Ayúdanos a no tener malos sueños, ayúdanos a no pensar en la guerra, y ayuda al diablo a no entrar por la ventana».

Pero mientras escuchaba las oraciones de Lynn, hubo algo diferente. No podría explicarlo, pero tal vez la explicación esté en las palabras de Pablo, después de haber rogado tres veces a Dios que le quitara su aguijón. La respuesta de Dios llegó: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Esta respuesta todavía puede resonar hoy, para aquellos que luchan contra alguna debilidad adicional. Se hizo realidad para nuestra hija, que la fuerza de Dios se perfeccionó en su vida de una manera especial. Mientras otros niños oraban, «Bendice a los misioneros y a los colportores», Lynn derramaba su corazón a Dios, arrodillada junto a su cama por la noche, hablándole con calidez y facilidad, como a un amigo.

El año en que Lynn tenía dieciséis años, su hermano, que trabajaba en campamentos de verano todos los años, la animó a intentar conseguir un puesto en un campamento de verano. Esto resultó ser una aventura emocionante para ella, ya que ayudó en la cocina en el campamento. Se hizo amiga de algunos miembros del personal que eran cristianos genuinos, y durante el verano, Lynn comenzó a sentir el tirón del Espíritu Santo en su corazón, de una manera especial. Ella experimentó, lo que, hasta el día de hoy, nunca he dudado que fuera una conversión genuina.

Quizás no siempre valoremos el significado de la experiencia de conversión, pero no hay manera de ser cristiano sin ella, ¿verdad? No hay manera. ¡Eso es bíblico! Podría resultar tentador pensar que este tipo de experiencia sería innecesaria para los discapacitados mentales, pero no es así. Y una vez ocurrido el milagro de la conversión, era imposible pasar por alto la diferencia. Desde el momento de su conversión, Jesús ha sido la prioridad número uno de nuestra hija, y nunca cambia. Doy gracias a Dios por eso, todos los días.

Lynn quería ser bautizada, pero estaba demasiado nerviosa para ir delante de todos en la iglesia. Así que reunimos a un grupo de amigos, un sábado por la tarde, en una piscina al aire libre, en un patio trasero, y tuvimos un servicio bautismal solo para ella, completo, con cantos y todo lo demás. Ella estaba encantada con eso.

Y así fueron pasando los años. La mayoría de nuestros movimientos o traslados en el ministerio estuvieron fuertemente influenciados por las necesidades de Lynn, en ese momento. Parecía que las cosas irían bastante bien durante un tiempo, y luego volveríamos a llegar a un punto muerto, en términos de su educación o alguna otra necesidad. Entonces, se abriría el camino para alguna nueva solución u oportunidad para ella, y avanzaríamos de nuevo. Aprendimos a no tratar de planificar con demasiada anticipación, sino a planificar las cosas poco a poco, confiando en que Dios abriría nuevas posibilidades, cuando cada situación presente comenzara a llegar a su fin.

ORACIÓN POR LA CURACIÓN

Casi desde el principio, la pregunta estuvo ahí:

¿Deberíamos seguir la sugerencia bíblica, y reunir un grupo para orar por Lynn y ungirle? Si lo hiciéramos, ¿Dios la sanaría?

La idea persistió, a menudo en el fondo del corazón, durante años. Durante esos años, mi comprensión de la sanidad era, básicamente, que podías pedirle a Dios que te sanara, y si tenías gran fe y justicia, Él podría concederte tu petición. ¡Pero no pensé que pudiera calificar! Así que cada vez que surgía la pregunta, buscaba razones para posponerla, con la esperanza de que, más adelante, finalmente estaría lista para llevar esta petición a Dios, petición que era la más profunda de mi corazón.

Muy temprano en mi ministerio, incluso antes de que nuestros hijos nacieran, me habían llamado, junto con varios más, al lado de la cama de un moribundo para ungirlo. Después de la oración, miré alrededor de la habitación para ver quién sería el que tendría suficiente fe, para tomarlo de la mano y decirle: «En el nombre de Jesús, levántate y camina». Pero todos me miraban, y no tenía suficiente fe para hacerlo. Murmuré unas palabras sobre cómo tenemos que aceptar la voluntad de Dios, y a veces Él dice «Sí», a veces dice «No», y a veces dice «Espera», y me apresuré a retirarme.

Unos días después, el hombre murió. ¡Sentí que lo había matado! Lo había matado porque no tenía suficiente fe, ni suficiente rectitud para que eso sucediera. El recuerdo de esa experiencia permaneció conmigo. No estaba dispuesto a cometer el mismo error con mi propia hija, y ser responsable de causarle más años de dolor. Entonces, esperamos.

El tema de la fe se volvió de vital importancia para mí. El tema de la justicia se volvió igualmente absorbente.

¿Qué era la fe? ¿Qué era la justicia? ¿Cómo se obtuvieron? Un interés, que podría haberse olvidado pronto, se mantuvo en el centro de mi atención, debido a la necesidad de una niña cuyas penas desgarraban mi corazón.

La teoría de la justificación por la fe comenzó a aclararse, pero la experiencia siguió lentamente. Me preguntaba: ¿Es posible que podamos obtener la salvación sólo mediante la fe, pero que cuando se trata de las bendiciones especiales de Dios, es diferente? Quizás sea necesario estar casi listo para la traslación, antes de que Dios pueda confiarnos bendiciones especiales como la sanidad. Entonces, esperamos.

Como en mis deberes como ministro me llamaban a orar y ungir a alguien, comencé a notar que Dios operaba de maneras extrañas. Nos reuníamos para orar por algún santo en la iglesia, alguien que, al menos exteriormente, parecía estar profundamente comprometido y maduro en su vida cristiana, pero no se producía ninguna curación.

Entonces, una noche, me llamaron junto a la cama de un descarriado que agonizaba en un hospital cercano. Había vivido su vida apartado de Dios, había estado involucrado en muchas cosas pecaminosas, pero ahora pedía oración, y yo ni siquiera pedí que fuera sanado. Sólo pedí perdón y aceptación en su nombre. No había ancianos reunidos, ni aceite, nada. ¡Y

fue sanado en el acto!

En otra ocasión, hubo un servicio de unción para una de las mujeres de la iglesia que necesitaba curación, y nuestra Lynn estuvo presente. La manifestación del poder de Dios pareció particularmente evidente, y la mujer fue sanada.

Después, Lynn vino y preguntó: «Papá, ¿por qué no puedes orar así por mí, y que Dios me sane?»

¿Te hubiera gustado haber tenido el trabajo de responder esa pregunta por ella? ¡Déjame decirte que fue duro! ¡Por supuesto que podríamos orar por ella! Pero la idea me aterrorizó. Todavía no era lo suficientemente justo. No tenía suficiente fe, y había algunos límites muy reales en cuanto a cuánto tiempo más podíamos seguir posponiendo la decisión de preguntar.

Lynn seguía planteando la misma pregunta, una y otra vez.

«¿Por qué no podemos pedirle a Dios que me sane?»

«Podemos. Y lo haremos algún día.»

«¿Cuándo?»

Entonces, le di un libro para que leyera. Lynn ya había estado leyendo la copia de la Biblia para niños que le habíamos comprado. Le encantaba leer las historias de Jesús. Ella entendió las historias de Jesús. Le encanta leer acerca de cómo sanó a las personas que acudieron a Él. Pero ahora le regalé un libro sobre el tema de la curación. Estaba mucho más allá de lo que ella podía entender. Después de trabajar en ello durante un tiempo, Lynn me lo trajo, y me dijo: «Papá, ¡Jesús no hizo que la gente leyera libros antes de ser sanados!»

Ella siguió detrás de nosotros. ¡Podría ser muy persistente! Ella no exigió, pero nos lo siguió recordando, de todas las formas que se le ocurrieron. Nuestra familia fue invitada a la reunión campestre de Óregon, por esta época. El sábado tuvieron un bautismo, y la niña que estaba siendo bautizada contó un poco de la historia de su vida, que incluía haber sido sanada de un problema físico de larga data. Lynn estaba en la audiencia. Al día siguiente, mientras conducíamos hacia casa, ella dijo: «Papá, ¿te fijaste en esa niña que fue bautizada ayer?»

«Sí.»

«¿No fue genial que Jesús la sanara? Me gustó esa parte.»

Ella estaba lista. Pero no lo estaba. Y estaba empezando a temer que nunca estuviese lista. Lynn ya tenía más de veinte años. ¿Qué valor tendría para ella, ser curada cuando tuviera sesenta o noventa años? Si iba a ser castigada, el momento era ahora, cuando todavía tenía la vida por delante. No podíamos esperar mucho más.

Entonces, me enfrenté a una decisión difícil. ¿Debo negarme a orar por la curación de mi propia hija? ¿O debería seguir adelante y arriesgarme a vivir el resto de mi vida, sabiendo que Dios podría haberla sanado si hubiera sido lo suficientemente justo, y hubiera tenido suficiente fe?

¿Qué debería hacer?

¡BUENAS NOTICIAS SOBRE LA CURACIÓN!

Con estos antecedentes de la experiencia personal, entremos directamente al estudio del tema de la curación. Si examinas detenidamente todo lo que la Biblia dice sobre el tema, incluidos los relatos de casos registrados, descubrirás que hay buenas noticias.

Hay al menos treinta y cinco casos de sanidad en la Biblia, y los escritos indexados del Espíritu de Profecía dan detalles sobre veintidós, que tuvieron lugar durante los primeros días de nuestra iglesia. Hagamos un estudio de preguntas y respuestas de las historias de los casos, observando similitudes y contrastes, y luego intentando llegar a algunas conclusiones.

¿Quién fue sanado? Hombres, mujeres, niños, y niñas. Jóvenes y viejos. Esclavos y gente común. Capitanes y reyes. Los justos y los malvados. El pueblo de Dios y los paganos. Los ciegos, los leprosos, los paralíticos, y los endemoniados. En varios casos, los que fueron sanados sufrían bajo los juicios de Dios, a causa de su pecado. Un ejemplo de esto serían los hijos de Israel que fueron mordidos por serpientes ardientes en el desierto.

Entonces ¿quién fue sanado? En una palabra: ¡todos!
Toda clase de personas fueron sanadas.

¿Cuánto tiempo habían estado afligidos? Para algunos, como el hijo de la viuda en tiempos de Elías (1 Reyes 17:8-24), o el joven que se quedó dormido en la ventana durante el sermón (Hechos 20:8-12), la curación llegó casi de inmediato después del inicio del problema, en unos pocos minutos, como máximo al final del día. En el otro extremo de la escala, el ciego de Juan 9:1-7 había sido ciego de nacimiento (aunque no se nos dice su edad exacta), y el hombre junto al estanque de Betesda había estado lisiado durante treinta y ocho años (Juan 5:1-15).

¿Cuál fue la enfermedad? ¡La enfermedad siempre fue algo siniestro! Podríamos tomarnos bastante tiempo enumerando las distintas enfermedades: lepra, ceguera, fiebre, epilepsia, etc. Pero cuando nos fijamos en los casos de curación, destaca un hecho: estas personas tenían una necesidad desesperada. Sus enfermedades no se curaban fácilmente con ningún medio natural, o médico disponible en aquella época. No hay constancia de que nadie haya sido curado, por ejemplo, de un resfriado común, o de un padrastro.

¿Cuál era la condición espiritual del individuo que fue sanado? En la mayoría de los casos, no era buena. Reyes paganos, los miembros rebeldes de la iglesia, los pecadores que sufrían los resultados de sus propias vidas malas, los endemoniados, los filisteos, las ramera, y los asesinos, todos encontraron la misericordia de Dios esperando para traer alivio. Está la historia, por ejemplo, de un rey malvado llamado Jeroboam. Dios envió un profeta para advertirle de su mal camino, y Jeroboam se enojó tanto por la advertencia, que «extendió su mano desde el altar, diciendo: Prendedlo».

Su brazo se secó, de modo que no pudo volver a retirarlo. El altar se rasgó, y se derramaron cenizas.

Jeroboam dijo al profeta al que acababa de intentar hacer daño: «Ruega por mí, para que sea sanado».

El hombre de Dios oró, y Jeroboam fue sanado. En el camino a casa, el «hombre de Dios» desobedeció las instrucciones de Dios, de no comer ni beber hasta regresar a casa, ¡y fue devorado por un león! (ver 1 Reyes 13).

¿Te gusta esa historia? ¿O te preocupa que Dios sea tan generoso con Sus milagros de curación? Una cosa es cierta. Si observas detenidamente la historia de cada caso en la Biblia, te resultará difícil insistir en que la curación está reservada sólo para los muy justos.

Quizás deberíamos agregar aquí, que también hay casos en los que los justos fueron sanados. No tienen un rincón en el mercado, pero están incluidos.

¿Hubo un intercesor involucrado? En muchos casos, sí. A menudo, la petición de curación era presentada por un intercesor. Pero en otros casos, el que buscaba la curación pedía por sí mismo.

¿Cuál era el estado espiritual del intercesor? A menudo, el intercesor estaba cerca de Dios. Sin embargo, hay una historia interesante, que viene de los primeros días del movimiento adventista, cuando cierto ministro fue llamado a orar por una mujer que estaba enferma. La señora es descrita como «una verdadera discípula de Cristo», pero el ministro, que asumió el papel de intercesor, es descrito como vil, corrupto, y vanaglorioso. Elena de White comenta, sobre la mujer, que «su fe era que sería sanada», pero sus oraciones eran oscuras, brumosas, y «cayeron hacia abajo». Sin embargo, ella fue sanada, a pesar de su falta de fe (2MS 347).

¿Cuál fue el resultado de la petición de curación? La abrumadora mayoría de las respuestas a las solicitudes de curación, fueron «Sí». Pablo es una de las pocas excepciones. Oró tres veces para que le quitaran el aguijón de su carne, y Dios le dijo siempre que no. Sin embargo, incluso Pablo recibió una respuesta definitiva. Pudo mirar atrás al tiempo específico, después de su tercera petición, cuando Dios dijo «No»: «Bástate en mi gracia» (2 Corintios 12: 9, NVI). No se quedó preguntándose si Dios había escuchado su oración.

¿Cuánto tiempo tomó la curación? Por lo general, la respuesta llegaba de inmediato. Hubo un breve retraso en algunos casos, como el de la mujer sirofenicia, o el del ciego que fue enviado a lavarse el barro de los ojos en el estanque de Siloé. La curación de Lázaro se retrasó cuatro días, los cuales los pasó en la tumba. Pero la mayoría de las veces, la petición era concedida inmediatamente.

¿Qué pasa con la fe de la persona sanada o del intercesor? En cinco o seis ocasiones, Jesús comentó sobre la fe de los que habían venido buscando su ayuda. Sin embargo, así como en el caso de los diez leprosos, nueve no tenían fe, y menos gratitud. Sus corazones no fueron tocados por la misericordia de Dios (ver El Ministerio de Curación, página 233). Sin embargo, fueron sanados. Simón el fariseo fue sanado antes de aceptar a Jesús como Salvador. El hombre en el estanque de Betesda tenía tan poca fe, que nunca pidió curación, y cuando Jesús se ofreció a curarlo, incluso se desesperó de ser arrastrado escaleras abajo, la próxima vez que el agua se agitara (ver Juan 5: 1-9).

Es casi como si fuera un bono, cuando Jesús tuvo el privilegio de sanar a alguien que

tenía gran fe, y lo comentó diciendo: «¡Vaya, qué fe tan linda tienes!». Pero no rechazó ayudar a aquellos cuya fe era débil.

Elena de White comenta sobre el noble que vino a Jesús para pedirle que sanara a su hijo. Dudó y cuestionó:

«Sin embargo, el noble tenía un grado de fe; porque había venido a pedir lo que le parecía el más precioso de todos los bienes» (El Deseado de todas las gentes, página 198). Piensa en eso por un momento. ¿Es necesario tener una enorme cantidad de fe para empezar? No, aparentemente es suficiente si tienes lo suficiente para venir y preguntar. Y cuando eso no sea suficiente, puedes unirte al noble, y descubrir que la gracia de Dios puede, de alguna manera, suplir cualquier otra cosa que se necesite. «El Salvador no puede sustraerse del alma que se aferra a Él, alegando su gran necesidad» (El Deseado de todas las gentes, página 198). Podemos orar con el padre del endemoniado hoy, al pie de la montaña: «Señor, creo, ayuda mi incredulidad» (Marcos 9:24). Y se proporcionará todo lo adicional que se necesite en el departamento de fe.

GRAN NECESIDAD Y NINGÚN MÉRITO.

Cuando se estudia detenidamente la información que nos han proporcionado sobre la curación, se pueden ver dos hilos comunes. Primero, los que fueron sanados tenían gran necesidad de curación, y segundo, no tenían nada que los calificara para la ayuda de Dios. ¿Te parece difícil calificar? Si tienes una gran necesidad, y si tienes la fe suficiente para venir, diciendo: «En mi mano no traigo ningún precio, simplemente me aferro a Tu cruz», entonces has cumplido las condiciones. La misericordia de Dios es lo suficientemente grande como para encargarse del resto.

Para quien busca sanación para sí mismo, o para quien se considera un intercesor para las necesidades de otro, estos inspirados estudios de casos pueden brindarle aliento y consejo. No es la cantidad de fe o de rectitud lo que marca la diferencia. Más bien, lo que Dios valora es la comprensión de la impotencia y la indignidad. Cuando te des cuenta de esta buena noticia, puedes quitar los ojos de ti mismo, y dirigirlos al Gran Médico, porque nunca son nuestros méritos, sino siempre los méritos de Jesús, los que nos permiten recibir cualquiera de los dones y bendiciones de Dios.

Podemos entender que a veces Dios diga «No», a los más justos y a los más llenos de fe genuina, como en el caso de Pablo. Esto nos libra del desánimo, la culpa, y la desesperación, si Dios no considera oportuno conceder nuestra petición particular de curación. Y el hecho de que algunas veces haya dicho «Sí», a aquellos que eran injustos y dudaban, nos protegerá del orgullo espiritual, de tomar la gloria y el crédito para nosotros mismos, cuando Él concede nuestra petición. Cuando Dios nos da lo que pedimos, es siempre por su bondad, nunca por la nuestra.

Y así somos libres, en cualquier momento, de presentarle los deseos de nuestro corazón, con el argumento de nuestra gran necesidad, y su gran misericordia. Si hemos aprendido a amarlo y a confiar en Él, a través de nuestra relación personal con Él, antes de que ocurra la tragedia, entonces, independientemente del resultado, continuaremos caminando con Él.

A menudo, se hace la pregunta: «¿Por qué Dios no sana a todo aquel que pide ser sanado? Cuando Jesús estuvo aquí en esta tierra, nadie que viniera a Él fue jamás rechazado.

¿Por qué es diferente hoy?»

Elena de White menciona tres ocasiones en las que Jesús no pudo sanar, a pesar de que quería hacerlo. La primera es la historia del hombre en el estanque de Betesda. Fue temprano en Su ministerio. No por mucho tiempo podría caminar desapercibido entre las multitudes de Jerusalén. Pero en este día de reposo, al llegar al estanque, miró con compasión a los sufrientes y desamparados que estaban allí. «Anhelaba ejercer su poder sanador, y sanar a todo el que sufría» (El Deseado de todas las gentes, página 201). Pero no pudo. Si lees la historia, encontrarás la razón: Él no podía traer sanidad, sin interferir con Su misión de salvar al mundo. Incluso, el caso de un hombre a quien Jesús de alguna manera no pudo pasar, fue suficiente para causar tal tumulto, que, si los judíos hubieran sido dejados a su propia elección, lo habrían ejecutado inmediatamente. Si los hubiera sanado a todos, su obra mayor habría sido interrumpida. Ésa es una de las razones por las que Jesús a veces tiene que decir

«No».

La segunda vez que Jesús no pudo sanar, aunque hubiera querido hacerlo, se encuentra en la historia del leproso que acudió a Él, para ser limpiado. Jesús le dijo dos cosas después de devolverle la salud: «Ve, muéstrate a los sacerdotes, y no se lo digas a nadie».

El leproso aceptó la primera parte, pero ignoró la segunda. Elena de White dice que «en verdad hubiera sido imposible ocultarlo, pero el leproso publicó el asunto» (El Deseado de todas las gentes, página 265). Como resultado, la multitud curiosa llegó en tal número, que Jesús se vio obligado, por un tiempo, a retirarse de su obra. Luego, viene este párrafo significativo:

«Cada acto del ministerio de Cristo tuvo un propósito de gran alcance. Comprendía más de lo que aparecía en el acto mismo. Así en el caso del leproso. Mientras Jesús ministraba a todos los que acudían a Él, anhelaba bendecir a los que no acudían. Si bien atrajo a los publicanos, los paganos, y los samaritanos, anhelaba llegar a los sacerdotes y maestros, encerrados por los prejuicios y la tradición. No dejó sin probar ningún medio para alcanzarlos».

¿El principio aquí es que Jesús elige favoritos, que sanará a algunos, pero no a otros? No. La cuestión en juego es que Jesús no tiene favoritos, y a veces tiene que decir «No», a sus amigos, para poder llegar a aquellos que son sus enemigos.

Eso podría parecer injusto para sus amigos. Si Jesús, a veces, tiene que rechazar a los que vienen a Él, para poder alcanzar a los que no vienen, entonces eso es injusto para los que vienen, excepto por una cosa: dado que Jesús tiene toda la sabiduría y el poder a su disposición, Él tiene una ruta alternativa que elimina el aguijón de la injusticia. Tiene una alternativa: «Si ve mejor no concederles sus deseos, contrarrestará el rechazo, dándoles muestras de su amor» (El Ministerio de Curación, página 473).

Lo hizo con Juan el Bautista. «Aunque Juan no recibió ninguna liberación milagrosa, no fue abandonado. Siempre tuvo la compañía de los ángeles celestiales» (El Deseado de Todas las Gentes, página 224). Luego, sigue este párrafo clásico:

«Dios nunca guía a sus hijos de otra manera que la que ellos elegirían, si pudieran ver el fin desde el principio, y discernir la gloria del propósito que están cumpliendo como colaboradores con Él. Ni Enoc, que fue trasladado al cielo, ni Elías, que ascendió en un carro de

fuego, fueron mayores ni más honrados que Juan Bautista, que pereció solo en el calabozo. «A vosotros os es concedido en nombre de Cristo, no sólo creer en Él, sino también sufrir por Él.» (Filipenses 1:29). Y de todos los dones que el Cielo puede otorgar a los hombres, la comunión con Cristo en Sus sufrimientos es la confianza más importante, y el honor más elevado».

Otro factor sale a la luz en la historia de la curación del leproso. «Muchos de los leprosos, no usarían el don de la salud como para convertirlo en una bendición para ellos mismos, o para los demás»»» (El Deseado de todas las gentes, página 264). ¡Dios aparentemente ve, en algunos casos, que la persona está mejor tal como está! Quizás te sientas tentado a leer esto sobre los leprosos, y decir: «Así es, no eran lo suficientemente justos para ser sanados». Pero ni siquiera los propios hijos de Dios pueden recibir ayuda de la curación. ¿Recuerdas a Ezequías, quien pidió una extensión de su vida? ¡Era como un niño que quería quedarse despierto después de la hora de acostarse! Dios concedió la petición, tal vez como una lección objetiva para el resto de nosotros, pero hubiera sido mejor que el rey se fuera al descanso la primera vez. Rogó quedarse despierto, y el Padre se lo permitió, pero no resultó ser la bendición que Ezequías había esperado.

Una cosa con la que podemos contar, cuando acudimos a Dios con nuestras peticiones especiales, es que Él nos dará lo que hemos pedido, o nos dará algo mejor.

«Incluso cuando se nos pide que abandonemos aquellas cosas que en sí mismas son buenas, podemos estar seguros de que Dios está obrando para nosotros algún bien superior... Veremos, que nuestras oraciones aparentemente sin respuesta, y nuestras esperanzas decepcionadas, han estado entre nuestras mayores bendiciones» (El Ministerio de Curación, páginas 473 y 474).

La tercera vez que Jesús no pudo sanar, aunque hubiera querido hacerlo, ocurrió cuando visitó su ciudad natal de Nazaret. ¿La razón dada? «A causa de su incredulidad, el Salvador no pudo obrar muchos milagros entre ellos. Sólo unos pocos corazones estuvieron abiertos a Su bendición, y Él partió de mala gana, para no regresar jamás» (El Deseado de Todas las Gentes, página 241).

Aquí, podría ser fácil pasar por alto el punto, si no estás seguro de la definición de fe. ¿La gente de Nazaret creía que Jesús tuviera el poder de sanar? Sí, habían escuchado los informes desde todas partes. No era en su habilidad como sanador en lo que ellos no creían. Era quien era Él. La incredulidad estaba en Él, no en lo que podía hacer. Debido a su incredulidad en Él, se negaron a entablar una relación con Él. No buscaron su bendición. Por eso, no pudo trabajar para ellos como anhelaba hacerlo. Jesús no es agresivo. Él no impone Sus bendiciones a nadie. El pueblo de Nazaret no quería tener nada que ver con Él, y Él aceptó de mala gana su elección.

Pero esto, nunca debe confundirse con la respuesta de Dios a sus hijos, que, aunque débiles y vacilantes, todavía anhelan ser sus hijos. Aquí hay palabras de aliento, para todo aquel que lo busca:

«Confía en el Señor con todo tu corazón, y Él nunca traicionará tu confianza. Si vas a pedir ayuda a Dios, no necesitas pedirla en vano. Para animarnos a tener seguridad y confianza, Él se acerca a nosotros por su santa

Palabra y Espíritu, y busca de mil maneras ganarse nuestra confianza. Pero en nada se deleita más que en recibir a los débiles que acuden a Él, en busca de fortaleza. Si encontramos corazón y voz para orar, Él seguramente encontrará un oído para oír, y un brazo para salvar. No hay un solo caso en el que Dios haya escondido Su rostro de la súplica de Su pueblo. Cuando todos los demás recursos fallaron, Él fue una ayuda presente en cada emergencia. Dios te bendiga, pobre alma afligida y herida. Aférrate a Su mano; Agárrate fuerte. Él te tomará a ti, a tus hijos, y a todos tus dolores y cargas, si tan solo los echas todos sobre Él» (Cada Día con Dios, página 194).

Entonces, si bien puede haber buenas razones para que Dios rechace tu petición más ferviente, Él siempre satisfará tu necesidad de la manera que mejor le parezca. A veces, Él libera de la aflicción, mientras que otras veces, trae liberación a través de la aflicción. Pero siempre podemos depender de Él, para responder a quienes lo buscan.

EL RESTO DE LA HISTORIA

Una vez que empezamos a comprender más claramente las cuestiones que estaban en juego en el proceso de curación, mi esposa y yo ya no teníamos miedo de acercarnos a Lynn a Jesús, con este pedido especial. ¡Oh, ciertamente teníamos una preferencia! ¡Nunca habíamos deseado nada tanto como deseábamos la curación de nuestra hija! Pero el miedo desapareció. Nos sentimos seguros al preguntar.

Parecía importante compartir algunas de estas verdades con Lynn, para que ella estuviera completamente preparada para la respuesta de Dios, cualquiera que fuera. Pero su fe infantil ya estaba lista desde hacía mucho tiempo. Ella dijo con calma: «Está bien si Dios no me cura. Sé que no será mi culpa. Puedo aceptarlo si es Su voluntad, y puedo esperar hasta que Él venga. Pero todavía quiero pedirselo.»

Así que fijamos una fecha, nos reunimos con algunos amigos cercanos y otros familiares, y presentamos esta petición ante el Señor. Le pedimos a Dios que trajera sanidad, si fuera Su voluntad. El Espíritu de Dios estuvo muy cerca, y fue una experiencia bendecida. No hubo relámpagos, ni ángeles visitantes, ni fuego del cielo. Sin embargo, una cosa impresionó especialmente a mi hijo. Estuvo nublado todo ese día, pero el sol apareció sólo por unos momentos durante la oración, y durante la unción brilló a través de la ventana, justo sobre Lynn, bañándola de luz. ¡Vimos esto como una comunicación especial del cielo! Después de que terminó el servicio, nuestros amigos siguieron su camino, y comenzamos a observar, tratando de determinar si nuestra solicitud había sido rechazada. Nos preguntábamos cuándo lo sabríamos con seguridad.

Dios en Su amor no nos dejó con la duda por mucho tiempo. En tan solo uno o dos días, a través de diversos medios, Él nos hizo saber que la respuesta era «No». Junto con Su respuesta, nos dio la paz de que permanecería con nosotros, y nos daría sabiduría y coraje para seguir adelante.

Es una bendición saber, que, con la respuesta, vino una aceptación que nunca habíamos conocido: había una sensación de plenitud, una sensación de estar firmes. Fuimos liberados para concentrarnos más en tratar de descubrir las cosas que Lynn podía hacer, en lugar de notar

tanto las cosas que no podía hacer.

En el proceso de buscar todas las habilidades posibles que pudiera utilizar, recordamos que ella siempre había amado a las personas mayores. Cada vez que la llevaba conmigo a visitar el asilo de ancianos, los sábados por la tarde, la timidez habitual de Lynn desaparecía. Al ver a otros que eran más débiles que ella, de repente ella florecía. Ella iba por el pasillo diciendo: «Hasta luego, papá». Cuando estuviera listo para irme, ¡tendría que insistir para que vaya conmigo!

Pudimos organizar que ella tomara el curso de auxiliar de enfermería, en un asilo de ancianos cercano. Lynn pasó la clase tres veces antes de terminar, ¡pero terminó! Y luego, estaba su licencia de conducir. Dios pudo decir «Sí», acerca de la licencia de conducir, ¡y sé que debe haberse regocijado tanto como nosotros!

LA LICENCIA DE CONDUCIR

Lynn ansiaba poder conducir un coche. No esperábamos que alguna vez estuviera lista para llevar el auto por todo el país sola, o para recorrer el centro de Los Ángeles durante las horas pico. Pero parecía que debería poder conducir sola, de un lado a otro, por las tranquilas calles de nuestra pequeña ciudad.

El primer obstáculo fue el manual de formación del conductor: las normas de circulación de California. ¡Fue un libro difícil! Estudió y se esforzó mucho para comprender las leyes de tránsito. Finalmente, un día la llevamos a hacer el examen escrito.

La llamaron por su nombre, y le entregaron la prueba, y tuve la oportunidad de echarle un vistazo rápido, antes de que la enviaran a una habitación trasera. ¡Fui al frente del edificio a orar! La prueba parecía imposible. ¡Pero ella pasó! De hecho, más tarde me contó algunas de las preguntas, cuyas respuestas sabía y yo no. Estaba muy emocionada por comenzar su entrenamiento detrás del volante, y aprendió a conducir en un tiempo relativamente corto.

El siguiente gran obstáculo fue la prueba en la carretera. Cuando llegó el momento, le pregunté a varias personas sobre el lugar más fácil para tomarlo. Condujimos hasta la oficina recomendada del Departamento de Vehículos Motorizados, y de repente, tuve una idea brillante. En lugar de entrar y registrarnos de inmediato, estacionamos enfrente, y esperamos. La siguiente vez que un oficial trajo a alguien para una prueba, lo seguimos, manteniéndonos un poco atrás, pero observando el rumbo que tomaban. Fue un curso duro. Una intersección en particular era absolutamente imposible. No podía creerlo. Cinco calles diferentes llegaban desde ángulos extraños. El instructor condujo al conductor por la derecha, pasando una señal de alto. Justo después de la intersección había un paso elevado, y justo después giraron a la izquierda. El intenso tráfico, procedente de todas las direcciones, me hacía casi imposible conducir, y menos aún a ella.

Cuando llegamos a ese lugar, dije: «Oh, Dios mío. Estamos en un gran problema.» Y estuve tentado de volver a casa, y olvidarlo todo.

Entonces, pensé: «Tal vez no siempre toman este camino». Así que regresamos a la

oficina, y seguimos a otro instructor. Él tomó el mismo camino. Y comencé a sudar frío y caliente.

Finalmente, como Lynn insistió, entramos y la inscribimos. Estaba seguro de que no había ayudado en nada con todo mi espionaje, porque ya casi era hora de cerrar, y comenzaba la hora pico de las cinco. Parecía desesperado.

Miré para ver quién la pondría a prueba, esperando que fuera un oficial agradable y de apariencia amable. Desafortunadamente, él no parecía así en absoluto. De hecho, parecía bastante severo. ¡Todos parecían malos ese día!

Quería acompañarme, pero el oficial no me lo permitió. Entonces, Lynn entró y se fueron. Me apoyé contra el muro de piedra del Departamento de Vehículos Motorizados, y casi como si estuviera ante el muro de los lamentos en Jerusalén, comencé a orar: «Dios, por favor, haz algo. ¡Por favor, envía a los ángeles a hacer algo!»»»

Al poco tiempo, se detuvieron junto a la vereda. Lynn estaba sonriendo de oreja a oreja, y el oficial se acercó, y me dijo que había pasado la prueba. ¡Casi lo abracé! ¡Ya no parecía severo!

Cuando volvimos al auto, le dije: «¿Qué pasó cuando llegaste a esa mala intersección?»

«No había ni un solo coche allí», dijo. «Ni uno. Seguí adelante.»

Ése es un milagro que pretendo comprobar algún día.

¡Quiero saber cuántos ángeles se necesitaron para arreglar eso!

Como se esperaba de cualquier padre amoroso, ¡Dios tiene absolutamente la garantía de decir «Sí», tan a menudo como se atreva! Y Él comparte nuestra alegría con nosotros. Lynn ya ha disfrutado de varios años de conducción segura, sin accidentes ni multas. Sin embargo, su historia aún no ha terminado, porque cada nuevo año de vida trae consigo nuevos desafíos. Pero sabemos que Dios permanecerá con nosotros y con ella, a través de todo esto.

¿POR QUÉ YO? ¿POR QUÉ ELLA? ¿POR QUÉ ELLOS?

Cuando ocurre una tragedia, los expertos nos dicen que la primera etapa es preguntarse: «¿Por qué yo?»

La segunda etapa, que esperamos llegue poco después, es preguntarnos: «¿Por qué ella?». La atención y la simpatía se alejan de ti, cuando empiezas a darte cuenta del impacto que el dolor está teniendo en aquel a quien amas.

Luego, a medida que continuas adaptándote, llegas a la tercera etapa: «¿Por qué ellos? ¿Por qué todos ellos?» Porque el mundo está lleno de gente herida. Cuando sientes dolor por ti mismo, de repente te vuelves más consciente del dolor de los demás.

Una vez, tuve un problema de disco en la espalda. Eso es todo lo que hizo falta: la gente empezó a salir de la nada con problemas de disco. Todo el mundo y su tío tenían un problema de disco. ¡Simplemente no me enteré hasta que tuve el mío!

Parte del cometido de Dios es permitirnos tomar conciencia del dolor de los demás, para no perdernos en nuestras propias heridas, porque cuando nos acercamos a ayudar a los demás, encontramos ayuda y consuelo para nosotros mismos.

Una vez, estaba dando una clase en la universidad, y un estudiante preguntó: «Si Dios amó tanto al mundo, ¿por qué no vino Él mismo? ¿Por qué tomó la salida más fácil, y envió a su Hijo?»

¡Sabía la respuesta, antes de que terminara la frase! Pero antes de que pudiera abrir la boca, otro estudiante respondió: «Si eres un padre amoroso, preferirías sufrir tú mismo, que ver sufrir a tu hijo».

Le dije: «Eres padre, ¿no?» Y él dijo: «Sí».

Cualquiera que haya visto sufrir a un ser querido lo sabe. Quien ama, preferiría sufrir él mismo, antes que presenciar el sufrimiento de aquel a quien ama. No puedo decirte cuántas veces he orado: «Dios, por favor, déjame cambiar de lugar con ella».

Pero Dios nos ha dado un regalo en esta hija especial. Él me ha acercado más a Él, por su dolor y por mi dolor. Entiendo un poco más acerca de Su amor, gracias a lo que he visto a lo largo de esta parte de mi vida. Esto nos da a Dios y a mí, una cosa más en común: porque, como ve, Él también tiene niños con daño cerebral. Todos nosotros estamos dañados, nacemos en este mundo de pecado. Y muchos de los dolores del corazón de Dios son los mismos que los míos. Lo conozco mejor hoy, gracias a ella.

Mi amigo Jay Davis me envió un extracto de un cuento de graduación que dio, y que aprecié, y que me gustaría compartir:

En estos días hay gran interés y emoción creados por los Juegos Olímpicos. También hay un apoyo cada vez mayor a un movimiento llamado Juegos Paralímpicos, un programa que brinda a aquellos, con desafíos especiales (los discapacitados), la oportunidad de esforzarse, la oportunidad de sentir la emoción de dar lo mejor de sí. Se les invita a correr, a toda velocidad, hacia un amigo o familiar que los anime desde la línea de meta. No importa

si la actuación es incómoda o torpe. Todo el que termina es un ganador, y se le da premio, y abrazos, y gloria.

Cada vez que presencio una de estas competiciones se me hace un nudo en la garganta, porque, ya ves, soy discapacitado. Tengo un defecto de nacimiento. Nací pecador. Y esperando en la línea de meta de esta carrera especial en la que estoy, acercándose a mí, y llamándome, está mi amado Padre, que me ama; no entiendo por qué. Soy lento y torpe. Mis extremidades no funcionan como quiero. A veces, aparto la mirada de Él, y tropiezo. Me desvíó del rumbo y caigo avergonzado. Pero tengo un hermano mayor a mi lado, que me ayuda cuando caigo, que me sostiene, y que incluso me carga.

Ahora, a lo largo de esta carrera, hay alguien que interrumpe y se deleita en intimidarme. Él sigue diciéndome que no sirve de nada seguir viniendo a mi Padre. Dice que mi padre en la meta está disgustado con mi actuación, que estoy dando un espectáculo de mal gusto. Sin embargo, cuando miro el rostro de mi amoroso Padre, Él siempre está ahí,

acercándose a mí.

«Pero te he avergonzado», lloro.

Él me responde: «Levántate. Sólo sigue viniendo.»

Y estoy empezando a darme cuenta de que los demás, en esta carrera especial (todos con defectos de nacimiento), no son mis competidores en absoluto. Todos están corriendo hacia su Padre, al igual que yo, luchando por terminar, porque todo el que sigue llegando hasta el final de la carrera, es un ganador.

Cuanto más dura esta carrera, más crece mi capacidad de atención. Las distracciones se debilitan, y puedo ver Su rostro con mayor claridad. ¡Él quiere que llegue allí! Esta se está convirtiendo en una carrera gloriosa, a medida que Él sigue acercándose a mí, animándome a seguir viniendo a Él, incluso cuando flaqueo.

No está lejano el día en que cada uno de nosotros pueda tropezar en nuestra torpeza al cruzar la línea de meta, y tambalearse hacia Sus brazos que nos esperan. Él se reunirá contigo y te abrazará, y sabrás que eres un ganador, porque Él siguió llamándote, y tú seguiste viniendo a Él. Él está allí, esperándote, porque te ama. Él realmente te ama.